

sobre, en sostener que estas *vigilias* eran una imitación de las de los paganos, una práctica venida del paganismo, y que naturalmente debían conducir al. En prueba de ello ha citado á Arnobio *contra Gentes*, l. 5, y este autor no dice una palabra sobre esto. Hémos aquí, pues, reducidos á creer que Jesucristo y sus apóstoles copiaban á los paganos, cuando pasaban las noches velando y orando, ó que los primeros cristianos mas bien se propusieron seguir el ejemplo de los paganos, que el de Jesucristo y los apóstoles. Cuando menos es cierto que en las *vigilias* de Baco, de Ceres y de Venus, sus adoradores no pasaban la noche en ayunar, orar y leer libros santos, y que las ocupaciones de los cristianos durante las *vigilias* en nada se parecían á las de sus enemigos y perseguidores. Nosotros tendríamos mas fundamento para decir que nuestros censores son los que imitan la conducta de los paganos, que aun llevan mas allá la malignidad que Cecilio en Minucio Felix, que Celso, Porfirio y Juliano, en sus escritos contra nuestra religión, y sin cesar proporcionan á los incrédulos armas contra ella; pero esto no les mueve; Barbeyrac después de todas las necesidades de su diatriba, se vanagloria de haber confundido á S. Jerónimo, V. á Tomasino, *Tratado del ayuno*, 1.ª parte, c. 18, 2.ª parte, c. 14.

Vigilia de muertos. Llámense así los matines y laudes del oficio de difuntos que se cantan, ó en obsequio de un finado, ó en el servicio que se hace por él. Por un estatuto formado el año 1215, por la universidad de París, vemos que estas *vigilias* se cantaban entonces de noche. Tomasino, *ibid.*

Violencia. V. Persecucion.

Virgen, virginidad. Los hebreos designaban á una *virgen* con la palabra *almá*, persona oculta ó velada y encerrada, porque fué costumbre general de los orientales tener á las jóvenes en un aposento separado, y no dejarlas salir sin se tapadas ni presentarse con el rostro descubierta mas que ante sus mas próximos parientes. Se dice de Rebeca que no era conocida de hombre alguno. *Gen.*, xxiv, 16; cuando vió de lejos á Isaac, su futuro esposo, se cubrió con un velo, r. 63. Esta costumbre era contraria á la de Occidente, donde comparecían las jóvenes en público con el semblante descubierta, y las mujeres llevaban velo; entre los romanos, *nubere*, velarse, significaba casarse. El severo Tertuliano vituperaba con razon esta costumbre; decía que las *virgenes* debían

velarse, mas bien que las mujeres. *L. de ecclesiasticis virginibus.*

Ningun ejemplo vemos entre los judios de profesion perpetua de *virginidad*, solo los hay de continencia en las viudas despues de la muerte de sus maridos, y por ello son elogiadas. Judith es alabada por el retiro, el ayuno y las mortificaciones, que practicaba en su viudedad, viii, 5. El sacerdote Ozias y los ancianos del pueblo la llaman *mujer santa y temerosa de Dios*, v. 20. El gran sacerdote la dice: « Porque habeis amado la castidad, y no habeis tomado segundo marido, la mano del Señor os ha fortalecido; seréis eternamente bendita. » xv, 44. El Evangelio elogia casi del mismo modo á la profetisa Ana, viuda muy anciana. *Luc.*, ii, 36. En las *Actas*, xxi, 9, se dice que Felipe, uno de los siete diaconos tenia cuatro hijas *virgenes* que profesaban; pero no está probado que hubiesen consagrado á Dios su *virginidad*.

En el siglo II, se gloraba la Iglesia cristiana de tener muchas personas de uno y otro sexo, que profesaban la continencia, y los apologetas del cristianismo lo hacen observar á los paganos. « Entre nosotros, dice S. Justino, *Apol.*, i, n. 45, hay un gran número de personas de ambos sexos de edad de 60 y 70 años, que desde su infancia fueron instruidas en la doctrina de Jesucristo perseveran en la castidad, y me obligo á presentar ejemplos de ellas en todas las condiciones de la sociedad. » Ahora bien, fieles de sesenta años, en tiempo de S. Justino, y educados en el cristianismo desde su infancia, no podian haber sido instruidos mas que por los apóstoles ó por sus discipulos inmediatos; y este Padre pretende que los fieles se determinaron á observar la continencia por estas palabras de Jesucristo: *Hay hombres que se han hecho eunucos por el reino de los cielos*, palabras que bien pronto examinaremos; número 29: « O nos casamos solo para tener hijos, ó si huimos del matrimonio, vivimos en una continencia perpetua. »

Atenúgoras que escribió en el mismo tiempo se expresó del mismo modo. *Legal, pro christiana*, número 3: « Hay entre nosotros un gran número de hombres y mujeres que viven en el celibato, por la esperanza de estar en union mas estrecha con Jesucristo. Tenemos la costumbre ó de permanecer en el estado que nacimos, ó de contentarnos con un solo matrimonio. »

Hermas, mas antiguo dice, en el *Pastor*, l. 2. *Mandamiento* 4, n. 4. « El que contra segundas nupcias no peca; pero si perma-

neces viudo, adquiere mucho mérito para con el Señor. Guardad la castidad y el pudor, y vivireis para Dios. » S. Epifanio y S. Jerónimo nos prueban que S. Clemente romano, enseñaba la *virginidad*, al fin de su segunda carta. *V. los Padres apost.*, t. 1, p. 189, col. 2.

Podríamos citaren el siglo III, á S. Clemente de Alejandria, á Tertuliano, á Orígenes, y S. Cipriano; pero ni los protestantes, ni sus secuaces niegan el hecho que estamos probando, á saber, que desde el nacimiento de la Iglesia cristiana, la *virginidad* fué muy apreciada en ella, recomendada y observada por un gran número de personas. Sostienen que en esto se engañaron los primeros cristianos, y los Padres que los instruian; que esta preocupacion no estaba apoyada en ningun texto claro y expreso de la Sagrada Escritura, y que ha producido en el cristianismo mayores males que bienes. Ya probamos lo contrario en la palabra *Casare*; pero como entonces solo se trataba de justificar el *celibato* en los eclesiásticos y religiosos, nos queda por demostrar no solo la inocencia sino la santidad de la *virginidad* entre los seglares, y probar que la persuasion en que estuvieron los primeros cristianos sobre el mérito de esta virtud, no era preocupacion, ni supersticion, sino una creencia solidamente apoyada en las lecciones de Jesucristo y de los apóstoles.

1.º El hijo de Dios quiso nacer de una *virgen*, y pasó su vida mortal en el estado de *virginidad*. De haber tomado por madre á una *virgen*, y haber permanecido *virgen* él mismo, todos los que creyeron en él, debieron deducir naturalmente que este estado le era agradable, que seria meritorio proenar imitarle en este particular, en cuanto fuese posible. Las exhortaciones de S. Pablo los afirmaron en este modo de pensar. « Sed mis imitadores, como yo lo soy de Jesucristo: sed los imitadores de Dios. » *I. Cor.*, iv, 16; xi, 1. *Ephes.*, v, 1. « Que la gracia sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesucristo en la pureza ó en la castidad. » vi, 24. S. Juan, se llama en su Evangelio *el discípulo que Jesucristo amaba* en el segundo siglo de la Iglesia se creia que esta predileccion, del Salvador procedia de que Juan era *virgen*, y continuó siéndolo toda su vida, que por esta razon Jesucristo al morir le recomendó su santa madre; los mismos maniqueos estaban en esta creencia. Beausobre pretende que solo estaba apoyada en libros apócrifos; pero en un tiempo en que vivían todavía muchos discipulos de este apóstol, habia ne-

cesidad de consultar libros apócrifos, para saber el estado en que vivió?

2.º Nuestro divino Maestro dice en el Evangelio, *Math.*, v, 8: « Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. » Esta pureza de corazón consistía en estar limpio de todo pensamiento criminal, de todo deseo impuro. Ahora bien, ¿cuales son los que con mas facilidad pueden alejarse, los que piensan casarse, ó los que renuncian á ello para siempre, y se separan de todos los objetos capaces de excitarlos? Nuestros adversarios, por obstinacion, dirán sin duda que los primeros; pero tendrán en contra suya el testimonio de todos los santos, que despues de haber vivido en el matrimonio quisieron vivir en la continencia. El Salvador añade, xxii, 30, que despues de la resurreccion ya no habrá matrimonio, que los resucitados estarán en el cielo con los ángeles del Señor; ¿puede creerse que no hay mérito en procurar tener en un cuerpo mortal, lo que hemos de ser despues de la resurreccion?

3.º *Math.*, xx, 10. Cuando Jesucristo declaró que el matrimonio seria insoluble, sus discipulos le dijeron: « Si tal es la suerte del hombre con su esposa, no conviene casarse. » Jesucristo les respondió: « No comprenden todos esta verdad, no hay mas que aquellos que han recibido este don.... Porque hay hombres que se han hecho eunucos á causa del reino de los cielos. El que pueda que lo comprenda. » Es igual entender por *el reino de los cielos* la felicidad eterna, ó la profesion de la doctrina de Jesucristo; siempre se deducirá que ya algunos de sus discipulos habian renunciado al matrimonio, para hacerse mas dignos de anunciar el reino de los cielos ó el Evangelio, y que este era un don que habian recibido de Dios. En efecto, en el v. 27 dice S. Pedro á su maestro: « Todo lo hemos abandonado por seguirte, qué alcanzaremos? » « Cualquiera que, le responde el Salvador, hubiese abandonado su familia, su esposa, sus hijos y sus bienes por mi nombre, recibirá el centuplo y alcanzará la vida eterna. » Si era un mérito abandonar por este motivo la esposa y los hijos, ¿no lo será igualmente el tomar la resolucion de no tenerlos, y de vivir en el estado de *virginidad*? Apesar de todo, los enemigos de esta virtud pretenden que ningun mérito tiene por sí misma, y que en nada contribuye á la salvacion.

Dirán sin duda que era un caso particular para los apóstoles; pero tambien lo era para todos los que como ellos debian anunciar el

Evangelio y desempeñar las mismas funciones entre los fieles; y precisamente respecto de ellos vituperan nuestros adversarios en el mas alto punto la profesion de la *virginidad* y de la continencia. Puesto que segun la leccion de nuestro divino Maestro es la disposicion mas ventajosa para trabajar en la salvacion de los demas, creemos que los simples fieles no hicieron mal en pensar que es el mas util para ocuparse de su propia santificacion. No han olvidado que es un don de Dios; pero presumieron que Dios se lo habia concedido, cuando sentian una fuerte inclinacion a vivir de este modo.

4.º La doctrina de S. Pablo es exactamente conforme a la de Jesucristo, *1 Cor.*, vi, 19. Despues de haber apartado á los fieles de todo comercio ilegítimo entre los dos sexos, les dice: «No sabeis que vuestros miembros son el templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y que habeis recibido de Dios, y que no os pertenecéis á vosotros mismos, pues que habeis sido comprados á gran precio? Glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo. vii, 4. En cuanto á las cosas de que me habeis escrito, conviene al hombre no tocar á ninguna mujer, v. 7. Quisiera que huýeis todos como yo: pero cada uno ha recibido de Dios un don que le es propio, uno de una manera y otro de otra. Ahora bien, digo á los que no se han casado, y á los vívidos, que *les conviene* permanecan en este estado, como yo estoy. Si no son continentes, que se casen; vale mas casarse que no abusarse en un fuego impuro...» v. 24. Que cada uno persevere en el estado en que fué convertido á la fe; pero siempre con Dios ó segun Dios. En cuanto á las *virgenes*, ningun precepto he recibido del Señor; pero les doy un consejo, como habiendo recibido misericordia del Señor para serle fiel. Creo, pues, que á causa de las *miserias de la vida presente*, conviene al hombre permanecer en este estado... v. 28; si una virgen se casa, no pecará, pero los conyuges sufrirán penas, y yo quisiera evitaroslas. Digo, pues, hermanos míos, que el tiempo es corto, y no queda otro medio á los que tienen mujer que vivir como si no la tuviesen... v. 32. Ahora bien, deseo que vivais sin inquietudes... v. 34. Una mujer que no está casada y una *virgen*, piensan en las cosas de Dios para ser santos en cuerpo y alma. La casada se ocupa de las de este mundo y del modo de agradar al marido. Os lo digo para vuestro bien... y para procurarnos la facilidad de rogar á Dios sin embarazo... v. 37. El que ha determinado guardar á su hija *virgen*, obra bien: el que la casa, obra bien; y el que no

la casa, obra mejor... v. 40. Sorá mas dichosa, segun mi parecer, si permaneciere asi; asi estoy persuadido de que tambien tengo el espíritu de Dios.»

Este pasaje es largo, pero es necesario absolutamente leerle entero para prevenir y para refutar las falsas interpretaciones de los protestantes.

1.º *Cada uno ha recibido de Dios un don que le es propio*; luego Dios llama á unos al estado de *virginidad*, y á otros al del matrimonio; ¿están menos obligados los primeros que los segundos á obedecer á la vocacion de Dios, ó son menos laudables por seguirla? El Apóstol, *Gal.*, v, 27, pone en el número de los dones del Espíritu Santo, no solo la castidad que conviene á todos los estados, sino la *continencia*, v. 25. «Los que viven con Jesucristo, han crucificado su carne con sus vicios y sus pasiones. Ahora bien, entre las personas casadas y las *virgenes*, ¿cuáles mortifican mas los apetitos de la carne?»

2.º Cuando S. Pablo dice que conviene al hombre no tocar á ninguna mujer; á los celibatos y á los vívidos de perseverar en el estado, y á las *virgenes* de permanecer en este estado, no significa solo que sea mas cómodo y mas ventajoso para esta vida, como pretenden los protestantes; S. Pablo da para esto otras tres razones; primera, porque nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo; segunda, porque en el estado de virginidad ó de continencia, no se piensa mas que en agradar á Dios, en ser santo, en cuerpo y alma: tercera, porque en él hay mas libertad para rogar á Dios.

3.º Muchos comentadores modernos, especialmente los protestantes, traducen *propter instantem necessitatem*, por *á causa de las aflicciones presentes*, es decir, á causa de las persecuciones que los cristianos iban á padecer. Interpretacion falsa. San Pablo se explica el mismo diciendo, *el tiempo es corto*; aqui, pues, se trata de la brevedad de la vida y de la necesidad inmediata de morir. Por esto el Apóstol, *Ephes.*, v, 29, exhorta á los fieles á aprovechar el tiempo. Otros han creído que S. Pablo hablaba del próximo fin del mundo; ya hemos refutado este error. Véase Masno.

4.º Dicen que conviene mas á una *virgen* permanecer en este estado, y á un padre conservar á su hija *virgen*, porque entonces era difícil encontrar un esposo cristiano, atendido el pequeño número de estos en tiempo de S. Pablo. Pero el Apóstol no habla de este inconveniente: es ridiculo querer adivinar lo que no dijo, siendo claro y terminante lo que

dijo. Hubiera atendido mal á la instruccion de los fieles, si los consejos que les daba no hubieran sido justos y utiles en todo tiempo y no hubieran podido servir para todos los siglos. Los PP. de los tres primeros entendieron como nosotros estas palabras, y antes que nosotros las adujeron como prueba.

La quinta prueba que damos del mérito de la continencia y la *virginidad*, son las siguientes palabras del *Apocalipsis*, xv, 4: «Ved aqui á los que no se han contaminado con las mujeres, porque están *virgenes*; siguen al Cordero á cualquier parte que va; y han sido comprados entre los hombres, como primicias consagradas á Dios y al Cordero.» Creemos que era una ambicion muy laudable por parte de los primeros fieles, querer ser del número de estas primicias consagradas á Dios y á Jesucristo y de los bienaventurados tan elevados sobre los demás en la gloria del cielo.

La sexta prueba de la excelencia de esta virtud, es el gran número de *virgenes* cristianas que padecieron el martirio. Es sabido que el género de vida de estas santas jóvenes, el retiro, el alejamiento del mundo, la privacion de todos los placeres del paganismo, el ayuno, las mortificaciones, el trabajo, la oracion, eran las mayores disposiciones para obtener de Dios valor para morir por Jesucristo: era esto, segun la expresion de Tertuliano, un continuo aprendizaje del martirio. Todos sabemos que los paganos no tenian un medio mas eficaz para hacer incurrir en la apostasia á estas valientes *virgenes*, que el de quitarlas su pudor, y que no creian poderles hacer una amenaza mas terrible que la de arrancárselas esta flor preciosa. Pero los protestantes han hecho siempre tan poco caso del martirio como de la *virginidad*.

No insistiremos sobre las opiniones de los paganos en este punto. Los griegos querian que la sacerdotisa de Apolo fuese *virgen*, y creian que las sibilas lo habian sido; los romanos respetaban á las vestales, tanto como los peruanos, á las *virgenes* del sol. Mas los primeros cristianos no habian tomado su creencia de un origen tan impuro, la apoyaban en la Sagrada Escritura y en la tradicion dejada á la Iglesia por los apóstoles. A pesar de las pruebas que hemos dado y que tambien fueron alegadas por los PP. del siglo II y III, nuestros adversarios no se han avergonzado de llamar á la estimacion y aprecio, que siempre se ha hecho de la continencia y de la *virginidad*, falsa prevencion, el mal pernicioso de todos los fanatismos, y error causado por otros errores. Provino, di-

cen, de una admiracion estúpida hacia todo lo que exige de nosotros algun esfuerzo de la ambicion de distinguirse y de recibir honores, de la rivalidad de las sectas que dividian entonces el cristianismo, sobre todo de aquellas que admitian dos principios, uno bueno y otro malo; de la tristeza del clima; del deseo de refutar las falsas acusaciones de los paganos; del sistema de la preexistencia de las almas; pero principalmente de la opinion de los nuevos platónicos, que segun los filósofos orientales, sostenian la necesidad de la continencia y de las mortificaciones para unirse á Dios.

Pero es muy singular que los primeros cristianos prefiriesen escuchar las lecciones de todos los visionarios del universo, mas bien que las del Evangelio, que son claras y persuasivas; solo les falta á nuestros adversarios decir que Jesucristo y S. Pablo sacaron su doctrina de todos los errores de que acabamos de hablar; es necesario sin embargo, tener la paciencia de examinarlos en particular.

4.º Es muy indecoroso llamar *admiracion estúpida* al sentimiento que toda virtud nos inspira. Puesto que en fin la virtud en general es la fuerza del alma, es necesario un esfuerzo para practicarla, y para reprimir todas las pasiones que á ella se opongan. No se necesitaba poco valor para ser cristiano en los tres primeros siglos, y para ser virtuoso, cuando el mundo entero era una cloaca de fuerza, «Dios, dice S. Pablo, *II Tim.*, i, 7, no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de fuerza, de caridad y de imperio sobre nosotros mismos.» S. Pedro, *Epist.* 1, i, 8, exhorta á los fieles á resistir á las tentaciones del demonio por la fuerza de la fe; v. 10, les promete que Dios les fortalecerá y afirmará. ¿Se ha podido escribir sin avergonzarse, que una religion tan dulce y tan benévola como el cristianismo, no ha podido evitarnos de seguir una de las mas fuertes inclinaciones de la naturaleza? Tanto valdria decir que no ha podido precavernos de la lujuria, porque es una inclinacion violenta en la mayor parte de los hombres. Tal es la moral escandalosa de nuestros adversarios. Nos acusan de estupidos, porque admiramos el valor de los santos; pero es necesario ser mucho mas estúpido para no comoverse á su vista.

2.º No vemos en qué podia consistir la ambicion de distinguirse ó de ser honrado, en un tiempo en que los cristianos se veian obligados á ocultarse, y estaban expuestos al desprecio y al odio público. La vida ascética y retirada de las *virgenes*, fué la de casi to-

dos los primeros cristianos; no pudo haber distinción entre ellos hasta que las Iglesias se consolidaron y adquirieron brillo las asambleas de los fieles. Una de las lecciones que con mas frecuencia repitieron los pastores a las *virgenes*, fué la de recomendarles una profunda humildad, y advertirlas que sin este antidoto del orgullo, no se sostendría su virtud. Mas los incrédulos han hecho al valor de los mártires el mismo cargo que al de las *virgenes*; han dicho que los primeros se animaron principalmente por la ambición de obtener los mismos honores que veían tributar á la memoria de los que habían muerto por Jesucristo. V. MATRÁ.

3° Cuando hablan de la rivalidad de las sectas que dividían al cristianismo en el siglo II, solo manifiestan ignorancia. Es cierto que las primeras sectas fueron las de los gnósticos, y que las siguieron muy de cerca las de los marcionitas y de los maniqueos. Ahora bien, su principio comun era, que la carne por sí misma era impura, que no fué obra del Dios bueno y soberano, sino producto de un mal genio; que era necesario por consiguiente reprimir y combatir todas sus inclinaciones; y es creible que los primeros cristianos quisiesen favorecer este error con la profesión de la *virginidad*, de la continencia y de los ejercicios de la vida ascética. Ljos de caer en este abuso, el canon 4° de los apóstoles al. 52, excomulgó á todo eclesiástico ó lego que se abstuviese del matrimonio, del vino y de la carne por horror ó en odio de la creación, y no por mortificación. De este modo la Iglesia guardó un justo medio entre los dos excesos; censuró igualmente á los que condenaban el matrimonio, y á los que vituperaban la profesión de la *virginidad*, de la continencia y de las mortificaciones.

4° Sin cesar se nos habla de la melancolía que inspira el clima de Egipto, de la Palestina y de otras regiones del Asia; segun nuestros adversarios, esta enfermedad ha sido causa de todas las costumbres que no les agradan. Pero el clima de las montañas de la Siria, donde el invierno dura seis meses, en nada debe parecerse al de Egipto, en donde los calores son insupportables. Sabidos además que la afección á la continencia y á la vida ascética, se extendió en la Persia, en el Asia Menor, en la Italia, en Francia, en Inglaterra, en todo el Norte, á medida que el cristianismo se fué estableciendo en estos países; este afección, pues, fué mas fuerte que todos los climas. Esto nada significa; una vez imaginada una conjetura por nuestros adversarios, por mas falsa que sea, persisten en ella, y la oponen

como un escudo á todos los hechos y á todos los monumentos.

5° Convenimos en que los cristianos refutaron con prontitud las calumnias de los paganos, que los acusaban de cometer impurezas en sus asambleas; pero estas acusaciones injuriosas solo fueron aventuradas en el trascurso del II y III siglos. Ninguna mención se hace de ellas en los escritos de Celso, que con tanto cuidado recopiló los cargos que creyó se podían hacer á los cristianos, y entonces ya habia transcurrido un siglo entero desde que Jesucristo y los apóstoles habían alabado la continencia y la *virginidad*. Supongamos, si se quiere, que la causa de que hablamos influyese en la conducta de los fieles del siglo II y III; por la misma razon es necesario atribuirle tambien la dulzura, la caridad, la paciencia, la sumisión á las potestades, la fidelidad, la templanza, la justicia, el respeto al orden público, y todas las demás virtudes que los cristianos profesaron; ¿en qué puede condenarse este motivo que les fué propuesto y prescrito por los apóstoles? *J Pet.*, n. 12 y 13, etc.; ¡Ojalá que el mismo espíritu hubiese dominado á todas las sectas heréticas! menos crimenes se hubieran cometido, y mas virtudes se hubieran practicado. ¿Qué dirían nuestros adversarios si afirmásemos, que todos los hombres virtuosos que ha habido entre los protestantes, lo fueron por honrar su secta y refutar los cargos de los católicos?

6° Si estos disertadores que adivinan los motivos y las intenciones mas ocultas de los hombres, hubiesen discurrido un poco, habrían dicho que los cristianos comprendieron la utilidad de la *virginidad*, de la continencia y de las mortificaciones, porque creían, como todavía creemos, que el pecado de nuestro primer Padre corrompió la naturaleza humana, y que tenemos en nosotros mismos un continuo foco de pecado; esto estaria conforme con la doctrina de S. Pablo. Pero han creído mas convenientemente recurrir al absurdo sistema de la preexistencia de las almas, y suponer que los cristianos creían, como algunos herejes, que las almas habían pecado en una vida precedente, antes de ser unidas á los cuerpos. De este modo, segun nuestros contrarios, los cristianos sacaron consecuencias de un error, que en lo sucesivo fué condenado por la Iglesia y que contradice la Escritura Sagrada; y no supieron sacarlas de un dogma muy natural que les enseñaba su religion.

7° Han salido mejor diciendo que el gusto, la preocupación, el fanatismo de los primeros

cristianos, vinieron del sistema de los nuevos platonicos, que mezclaban la doctrina de Platon, con la de los filósofos orientales? Brucker, despues de Mosheim, se preocupó con esta opinion, y nada descuidó para hacerla valer; sostiene que es la clave de todos los antiguos errores, ya de los herejes, ya de la Iglesia. *Hist. crit. de la flos.* t. 3, p. 363, etc.

Ya en las palabras EMANACION, PLATONISMO, VIBRO DIVINO, etc. probamos la ignorancia y falsedad de esta sabia conjetura; hemos desafiado á sus defensores á que presenten una prueba positiva del nacimiento de esta filosofía mezclada en Egipto antes del año 290, y ya hacia mas de un siglo, que S. Justino, Atenágoras y otros se habían alabado de la multitud de *virgenes*, de célibes religiosos, y de ascetas que el cristianismo habia producido en todos los estados de la sociedad. Aun cuando se supusiera que todos los PP. griegos habían estudiado la filosofía en la escuela de Alejandria, lo que no es probable, ¿se probaria que Hermas, que se cree hermano del papa Sixto I y que escribió en Roma; que Tertuliano y S. Cipriano que vivieron en Africa behirieron los principios del nuevo platonismo? Todostres, sin embargo, apreciaron mucho la continencia y la *virginidad*; S. Jerónimo y san Epifanio dicen que S. Clemente el Romano pensaba del mismo modo; es un poco difícil creer que todos estos PP. fuesen otros tantos discípulos de la escuela de Alejandria; solo apoyaron su doctrina en la Sagrada Escritura. Deducimos pues, con seguridad, que la hipótesis de que Mosheim y Brucker se apoderaron no es mas que una pura vision.

Por último, es absurdo creer que los primeros cristianos tomaron de principios llenos de errores un sentimiento evidentemente apoyado en la Escritura Sagrada; y aun cuando se sostuviese, que no comprendieron bien el sentido, lo que no es cierto, no se seguiria que lo hubiesen buscado en otra parte. Seria inútil repetir lo que mas de una vez hemos dicho á los protestantes, que es impio asegurar que desde el principio de la Iglesia permitió Dios que se acreditase en ella un error que ha producido los mayores males en todos los siglos. En vano Jesucristo habia querido formarse una Iglesia gloriosa, sin mancha, sin lunar; sin defectos. *Ephes.*, v. 27; tomó tan mal sus medidas que su designio fracasó muy poco tiempo despues. Habia prometido á sus discípulos que el Espíritu Santo para siempre estaria con ellos; mas apenas murió el último apóstol, abandonó la tierra este Espíritu divino, y no volvió á

bajar del cielo hasta mil quinientos años despues para inspirar á Lutero y Calvino. Hé aqui la blasfemia en que está apoyado todo el edificio de la reforma; ha sido defendido por todos los apóstatas que del estado eclesiástico ó religioso pasaron al protestantismo, y todavía es sostenida por los mas hábiles escritores de esta religion.

Para saber si la profesión de la *virginidad*, de la continencia, de la vida ascética, era un bien ó un mal en la reforma es preciso saber de qué modo vivían los que á ella se dedicaban; Fleury, *Costumbres de los cristianos*, número 26, ha hecho su descripción segun los monumentos de la historia eclesiástica. «De nada servia la *virginidad*, si no estaba sostenida por la mortificación, el silencio, el retiro, la pobreza, el trabajo, los ayunos, las vigiliass, las oraciones continuas. No se tenían por verdaderas *virgenes* aquellas que aun querían tomar parte en las diversiones del siglo, aun las mas inocentes, tener largas coloquios, hablar con afectacion, aparentar mucho agrado: mucho menos aquellas que querían embellecerse, adornarse, perfumarse, arrastrar hábitos largos, y andar con un aire misterioso. S. Cipriano recomienda continuamente á las *virgenes* cristianas, que renuncien á los vanos alabios y á todo lo que hace resaltar la belleza. Comedia perfecta: mente cuanto afección tienen las jóvenes á estas bagatelas, y sabia sus perniciosas consecuencias. En los primeros tiempos, las *virgenes* consagradas á Dios, estaban la mayor parte en casa de sus padres, ó vivían aisladas dos ó tres, y no salían mas que para ir á la iglesia, donde tenían un lugar separado de las demás mujeres. Si alguna quebrantaba su santa resolucion por casarse, se la ponía en penitencia. Las viudas que renunciaban á las segundas nupcias, vivían poco mas ó menos como las *virgenes*.» Véase VIDA.

Mosheim, *Hist. eccl. del siglo II*, 2ª parte, capítulo 3, § 41 y sig., convino en estos hechos; únicamente ha recargado un poco el cuadro para hacer parecer excesivo el fervor de los primeros cristianos; mas siempre podremos preguntar, ¿qué mal, qué desorden, pudo producir en el cristianismo este pretendido exceso? «Tal fué, dice, el origen de los votos, de las mortificaciones monásticas, del celibato de los sacerdotes, de las penitencias infructuosas, y demás supersticiones que han empañado la hermosura y sencillez del cristianismo.»

Pero si las *virgenes* y los ascetas no hicieron mas que seguir á la letra las lecciones,

los consejos, los ejemplos de Jesucristo y los apóstoles, como ya lo hemos manifestado en la palabra ASCETA, de esto se sigue que el cristianismo tan hermoso y sencillo fofojado por los protestantes, ya no es mas que el cadáver ó esqueleto del que Jesucristo y sus apóstoles establecieron, y entonces no son los primeros cristianos los que obraron mal, que son los protestantes. Al menos la presunción está en favor de los primeros, puesto que estaban mas próximos á la fuente que los disertadores del siglo XVI y XVIII. Como tratamos en particular de los votos, de las mortificaciones, del celibato, de las penitencias, etc., remitimos al lector á estos varios artículos.

Otros han dicho que los que se entregaban á la vida ascética hacían consistir toda la piedad en los ejercicios exteriores, en vez de que consiste en los sentimientos del corazón; acusación falsa y calumniosa. Es imposible que una persona persevere mucho tiempo en los ejercicios de piedad, sin que bien pronto tenga los sentimientos del corazón; los que no los tuviesen, bien pronto les disgustarían las prácticas exteriores; la hipocresía siempre se descubre por algun resquejido. Por otro lado es imposible conservar mucho tiempo una verdadera piedad, sin hacer algun ejercicio exterior de ella; esta virtud se prueba por las acciones, como por la caridad y el amor al prójimo; los que pretenden tener estos sentimientos sin manifestarlos al exterior, son unos embusteros. V. CULRO, DEVOCIOS.

Bingham y otros protestantes han sostenido que en los primeros tiempos las vírgenes cristianas no hacían ningun voto, y que tenían libertad para casarse; como prueba de ello citan estas palabras de S. Cipriano, *Epist. 62, alias á ad Pompontian*: «Si por un empeño de fidelidad *ex fide*, se consagran estas personas á Jesucristo, que perseveren y vivan en la pureza y castidad, sin que den que hablar de éstas, y que con esta fuerza y constancia esperen la recompensa de la *virginidad*. Si no pueden ó no quieren perseverar, es mejor para ellas el casarse que caer en el fuego por sus pecados.» Se trata de tomar el verdadero sentido de este pasaje. 1.º Nosotros decimos que por *fides* entiende S. Cipriano un empeño, una promesa, un voto, como S. Pablo, cuyas palabras citaremos en seguida; despues añade: «*Christo se dedicaverunt*, y que considera la infidelidad de una *virgen* como un adulterio cometido contra Jesucristo, *Ibid.* Esto está confirmado con algunas expresiones de Tertuliano, que llama á las

virgenes, esposas del Señor, consagradas al siglo futuro, y que han puesto un *sello* á su carne, etc. 2.º Cuando dice S. Cipriano, es mejor para ellas el casarse, entiendo antes de *hacer profesion de virginidad*, y no despues como pretenden los protestantes; tambien es esta la doctrina de S. Pablo como ya hemos visto.

Probamos este sentido por la disciplina establecida poco tiempo despues de S. Cipriano. El concilio de Ancira celebrado el año 314, *cán. 13*, establece que todas las que quebrantasen su profesion de *virginidad*, se sujetarían como los bigamos á uno ó dos años de excomunion. El de Valencia, en el bellinado, del año 374, quiere que á aquellas que estaban dedicadas á Dios y que despues se casaron, se les difiera la penitencia hasta que hayan satisfecho plenamente á Dios. Si no hubieran hecho voto, hubiera sido injusto el infligirles una pena.

Estos mismos criticos alegan malamente una ley de los emperadores Leon y Mayoriano, que era menos severa, dice así: «No debe tenerse por *sacrilega* á aquella que manifiestare, por el deseo de un matrimonio honesto, que antes no quiso ó no pudo cumplir su promesa, puesto que segun las reglas y la doctrina cristiana, mejor es casarse que violar con un fuego impuro la profusion de castidad.» Observa el mismo Bingham que aquí se trataba de las *virgenes*, que habían sido obligadas por sus padres á tomar el voto, de las cuales el voto era por consiguiente nulo. Pero se hubiera podido considerar á ninguna como *sacrilega* si no hubiera hecho voto? *Orig. cels. l. 7, c. 4, § 1*, y siguientes.

No es cierto que la actual disciplina de la Iglesia romana, con respecto á las *virgenes*, sea diferente de la antigua. Siempre se ha tenido por nulo el voto de *virginidad* y continencia, cuando no ha sido libre y voluntario; la única diferencia que hay es, que en el día el quebrantamiento de este voto es un impedimento dirimente del matrimonio, y que se permite á las jóvenes que lo hagan antes de la edad prescrita por los antiguos cánones.

Aun es mas cierto que las viudas que abrazaban el estado de continencia, se obligaban á ello con voto. S. Pablo lo testifica evidentemente *1 Tim.* Evitad las viudas jóvenes, porque despues que han vivido con lujo, debido á las liberalidades de los fieles, quieren casarse, siendo condenables, por cuanto violaron la primera, *primam fidem*. No puede entenderse esta palabra, mas que de una solemne promesa de continencia que

habían hecho; para colocarse en la clase de las viudas alimentadas por la Iglesia. De este pasaje nos valdremos para responder á las declamaciones de los protestantes contra los votos en general. V. VOTO.

Habia una ceremonia establecida para la consagración de las *virgenes*. En occidente ponían su cabeza sobre el altar para ofrecérsela á Dios, y toda su vida llevaban cabellos largos con un vestido humilde sin ningun adorno. En Egipto y en Siria, se hacían cortar sus cabellos en presencia de un sacerdote, y este uso se adoptó tambien por los occidentales posteriormente ya porque S. Pablo, *1 Cor., xi, 6*, representó la cabellera como el principal adorno de las mujeres, y que las *virgenes* querían renunciar á toda especie de ornato, ya porque en el reinado de los bárbaros una larga cabellera era el signo de libertad; y que las *virgenes* sacrificaban la suya para dársela á Dios.

VIRGEN LA SANTISIMA. V. MARIA.

VIRGINIDAD. V. VÍRGEN.

Virtud. Esta palabra en su significación literal significa *fuertza*; por esto, la Escritura hablando de Dios, llama *virtudes* á los actos de su poder, á los milagros. S. Pablo, *Rom., i, 16*, dice que el Evangelio es la *virtud de Dios* para la salvación de todo creyente, porque nunca hizo Dios brillar mas su poder que en el establecimiento del Evangelio. En el hombre la *virtud* es la fuerza del alma; se necesita fuerza para ejecutar el bien, porque las pasiones nos dominan y nos inclinan continuamente al mal; así cualquier acción laudable que exige un esfuerço por parte nuestra, es un acto de *virtud*.

Hemos manifestado en otro lugar que si no hubiera una ley natural impuesta por el Criador, la palabra *virtud* carecería de sentido. Porque tampoco habria un *medro* á obrar el bien si pesar del impulso de nuestras malas inclinaciones. No se necesita fuerza para hacer una acción útil á nuestros semejantes por motivo de nuestro interes presente, ó de una ventaja temporal prevista seguramente; esto es cosa de cálculo y nada mas. Los filósofos que no quieren reconocer un Dios legislador, remunerador y vengador y hablan sin cesar de la *virtud*, ó son malos razonadores que no se entienden á sí mismos, ó hipócritas que quieren engañar á los ignorantes. No asignar mas motivo para ser hombre de bien que las ventajas que van unidas á la *virtud* en esta vida, es degradarla y confundirla con el amor propio.

No sucede lo mismo, cuando se le propo-

nen recompensas eternas en la otra vida; se necesita fuerza de alma para preferirlas á las ventajas de este mundo, pasajerás é inciertas, pero que incitan la concupiscencia; es necesario creer firmemente en la palabra y promesas de Dios, cuyo cumplimiento siempre nos parece muy distante; muchas veces es necesario arrostrar la censura y el desprecio de nuestros semejantes, y algunas veces los tormentos y la muerte. No se degrada el hombre sino que mas bien se ennoblece, aspirando á la dicha para que Dios lo formó; así se eleva sobre los motivos, temores y flaquezas que dominan á los demás hombres.

Los que establecieron que la *virtud* debe ser amada y abrazada por sí misma, sin ningun motivo de temor, ni esperanza de otra vida, eran charlatanes, que querían seducirnos con palabras vacías de sentido. Suponian que el hombre puede obrar sin motivo y sin razon. Solo Jesucristo fundó la *virtud* sobre su verdadera base, poniéndole por objeto el deseo de agradar á un Dios justo, remunerador de la virtud y vengador del crimen.

Solo la noción de *virtud* basta tambien para demostrar el error de los filósofos que pretendieron que no hay mas acciones virtuosas que las que tienen directamente en bien general de la sociedad y utilidad de nuestros semejantes. Seguramente que necesitamos valor para dar constantemente á Dios el culto que le es debido, sobre todo cuando está despreciada la religión y combatida por una generacion de hombres perversos; tambien tenemos necesidad de él para resistir al incentivo de los placeres sensuales que por último conspiran á nuestra destrucción.

En la antigua *Enciclopedia*, en la palabra SOCIEDAD se ha demostrado que los vicios extremados, como la embriaguez, la inconcienencia, el excesivo amor á todos los placeres, tienden directa ó indirectamente á perturbar la sociedad. Hay pues, *virtudes*, que miran directamente á Dios, otras que nos conciernen inmediatamente á nosotros mismos, independientemente de aquellas, cuyo objeto principal es la utilidad del prójimo.

Entre las primeras las hay que tienen á Dios por objeto directo é inmediato, y por motivo una de sus divinas perfecciones; por esto las llamamos *virtudes teologales*, tales son la fe, la esperanza y la caridad; todas las demás se llaman *virtudes morales*. En efecto, por la fe creemos en Dios, porque es

la verdad misma; por la esperanza confiamos en él por que es fiel á sus promesas; por la caridad le amamos por que es infinitamente bueno. El objeto inmediato de estas tres virtudes es el mismo Dios y su motivo es una de sus divinas perfecciones.

Parece á primera vista que la religion y la obediencia son tambien *virtudes teologales*; pero mirándolo detenidamente, vemos que los teólogos van bien fundados en ponerlas entre las *virtudes morales*. En efecto, la religion nos inclina á todos los actos tanto interiores como exteriores que tienden á honrar á Dios, este es su objeto inmediato; su motivo es la honestidad ó la justicia que hay en tributarle nuestras adoraciones, nuestros respetos y homenajes. No solo nos obliga á honrar á Dios, sino tambien á honrar por amor suyo á los que se ha dignado enriquecer con sus gracias. Tambien la obediencia tiene por objeto inmediato toda accion interior ó exterior que Dios nos manda, y por motivo la justicia que hay en estar sometidos al soberano señor del que todo lo hemos recibido y del que todo lo esperamos; por esto mismo conocemos que es justo obedecer no solo á Dios, sino á todos los que están revestidos de su autoridad.

Dícese que la caridad ó el amor de Dios es la reina de las *virtudes* porque á todas las manda, que no hay ningún acto de *virtud* que no pueda hacerse con motivo del amor de Dios, y porque este motivo es el que da á todas nuestras acciones su mérito y perfección. Así la obediencia á todos los mandamientos de Dios es tenida con razon como el efecto y la prueba de una caridad sincera, segun las palabras de Jesucristo. « El que guarda mis mandamientos, ese me ama verdaderamente. » *Joan.*, xiv, 15, 21, 24, etc.

Seria muy dilatado el numerar las *virtudes morales*; los antiguos filósofos las referian á cuatro principales, que por esto se han llamado virtudes cardinales; á saber, la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza ó moderación; á estos cuatro puntos principales reducian todos los deberes del hombre. Pero los de un cristiano son mucho mas extensos; el Evangelio nos enseñó *virtudes* de las que no tenían ninguna idea los antiguos moralistas, y aun las consideraban como defectos; la humildad, el renunciar á nosotros mismos, el amor de los enemigos, el deseo de padecer, etc., nunca se pusieron por los filósofos en la clase de los deberes del hombre. No concian los motivos sobrenaturales, que nos propone la revelación: el

deseo de agradar á Dios único apreciador justo de la *virtud*, el merecer una recompensa eterna y el participar de los méritos de un Dios salvador, etc. No concian la necesidad de un auxilio sobrenatural para ayudarnos á practicar el bien.

Con razon, pues, S. Agustin, en sus libros contra los pelagianos, demostró la imperfección de las *virtudes* enseñadas y practicadas por los filósofos; hizo ver que la mayor parte estaban contaminadas con motivos de vanagloria, que ninguna se referia á Dios, por consiguiente no podia merecer una recompensa eterna. Nas nunca enseñó, digan lo que quieran algunos teólogos, que *todas las acciones de los infieles son pecados, y vicios todas las virtudes de los filósofos*. Justamente se ha censurado por la Iglesia esta proposicion. Por el contrario, repitió muchas veces este santo doctor, conforme á la Sagrada Escritura, que Dios inspiró muchas veces buenas acciones á los paganos, y les recompensó tambien con bienes temporales. *Exod.*, i, 17 y 20, *Josué*, ii, 11 y 12; *Ruth.*, i, 8, *Ezeq.*, xxix, 18 y sig. *Esth.*, xiv, 13, xv, 11, *Estér.*, i, 4, vi, 22, vii, 27; etc. Seguramente que Dios no puede inspirar pecados á ningún hombre ni por esto recompensarle.

Han observado algunos moralistas modernos que las *virtudes* mas sublimes son negativas, es decir, que consisten mas bien en no hacer mal á nadie que en hacer bien á todos, que tambien son las mas difíciles de practicar porque no tienen ostentacion, y no nos proporcionan el placer tan dulce para el corazón del hombre, de dejar á los demás contentos de nosotros. En efecto, son á las que menos se atiende en la sociedad. Está confirmada esta observacion por el retrato que trazó David del justo ó del hombre virtuoso, *ps.* xiv, este es, dice, el que está sin mancha, que ejerce justicia, que siempre dice la verdad, que no engaña ni calumnia á su prójimo, que no es usurero, ni perjuro, ni opresor de los inocentes y que no hace mal á nadie. No obstante debemos reconocer que si este grado de *virtud* basta para el común de los cristianos, Dios exige algo mas de los que por su estado, tienen obligacion de dar buen ejemplo, y á los que concede gracias mas abundantes.

Entre los teólogos, santo Tomás es el que ha distinguido y definido mas exactamente las *virtudes morales*, y el que detalló mejor sus deberes; en la segunda parte de su *Summa Teológica*, ha discurrido sobre ellos mucho mas sabiamente que todos los antiguos filósofos, porque concia la *virtud* mejor que

ellos, hablaba de ella segun el Evangelio, y él mismo era su perfecto modelo.

En la palabra MORAL de los filósofos, hemos hecho ver la ridiculidad y mala fe de los incrédulos que nos dan una pomposa coleccion de moral sacada de los escritos de los antiguos sabios de todas las naciones, con la idea de persuadirnos que estos últimos dieron lecciones de *virtud* mas justas sólidas y razonables que las de los autores sagrados. Sin duda que esta astucia puede enganar á los ignorantes, pero no á aquellos que han leído las obras de los antiguos tales como son, y saben hasta qué punto está en ellas mezclada lo malo con lo bueno. Conocemos todo el mérito de esos apóstoles de la moral filosófica, despues que algunos de ellos intentaron probar que el vicio contribuye mucho mas que la *virtud* al bien de la sociedad y prosperidad de los imperios. En el mismo artículo hemos respondido á la mayor parte de sus objeciones contra la moral cristiana.

Otros despues de haber examinado todos los sistemas de moral de las diferentes sectas filosóficas, han hecho ver que ninguno es sólido ni razonado; por consiguiente, que *virtudes* fundadas en tan frágil base, no son mas que ilusiones; pero cayeron en un exceso no menos absurdo que los anteriores, concluyeron que no hubo ninguna moral razonable mas que la de Epicuro, que solo él fundó la *virtud* sobre su verdadera base, dándole por único motivo el interes ó utilidad personal. Mas hace cerca de dos mil años que Ciceron, Plutarco, los estoicos y académicos demostraron la perversidad y las perniciosas consecuencias de esta pretendida moral, mas propia para los animales que para los hombres; probaron que nunca produjo un solo hombre virtuoso ni un buen ciudadano.

Por último, algunos deístas han sido de buena fe para convenir en lo que hemos establecido; á saber, que los apóstoles de la *virtud*, que no admiten ni Dios, ni ley natural, ni otra vida despues de esta, son hipócritas é impostores. Bien podemos atenernos á esta última confesion.

En el asunto de que tratamos tenemos derecho para acusar á los protestantes de una imprudencia que no se debe perdonar. Han tenido gran cuidado de observar que la mayor parte de los antiguos PP. de la Iglesia creian que las *virtudes* morales y cristianas no son inspiradas por ángeles buenos, en vez de los vicios y las malas acciones son sugeridas á los hombres por los demonios que los rodean. Esta opinion, dicen los

censores de los PP., era una consecuencia del platonismo, al que no renunciaron los PP. haciéndose cristianos. Mosheim. *Notas sobre Cudworth*, c. 4, § 33, n. (1).

Antes de decidir en qué fuente habian tomado estos PP. su opinion, se debiera haber examinado, si tiene algun fundamento en la Sagrada Escritura. Ahora bien, se habla en ella muchas veces del ministerio de los ángeles buenos, de la asistencia que prestan á los hombres, y muchas veces se hicieron para esto visibles. Así Abraham, Jacob, Moisés, Josué, el joven Tobias, Daniel, etc. fueron instruidos, dirigidos y ayudados por ángeles revestidos de forma humana, y tambien tuvieron esta asistencia, aunque no les fuese sensible. Está confirmada esta creencia por algunos pasajes del nuevo Testamento, *Matth.*, xvii, 10; v. 4; *Act.*, xii, 13 y 23; *Hebr.*, xii, 22, etc. Esto es mas que suficiente para persuadir á los PP. V. ANGEL.

No menos se convencieron por la Escritura de las malignas influencias de los demonios, no solo sobre el cuerpo, poseyéndolo ó accediéndolo, sino sobre las almas; *Luc.*, vii, 12; Jesucristo atribuye al demonio la esterilidad de la palabra de Dios en un gran número de oyentes; *Joan.*, viii, 44, refiere á la misma causa la incredulidad de los judios. Se dice, *Joan.*, xiii, 2, que el diablo habia puesto en el corazón de Judas el desigmo de vender á su maestro. *II Cor.*, iv, A. S. Pablo acusa al dios de aquel siglo de haber cegado á los paganos; *Ephes.*, iv, 27, exhorta á los fieles á que no den entrada al demonio; y vi, 13, á que resistan á sus asechanzas. *I Petr.*, v, 8, les advierte S. Pedro que este enemigo de la salvacion, como leon rugiente los cerca para devorarlos, etc., etc. V. DEMONIO.

Quizá se diga que estos pasajes deben tomarse en un sentido figurado; que los autores sagrados tuvieron costumbre de personificar todos los seres abstractos y metafísicos; que llamaron ángeles á las *virtudes* y laudables inclinaciones de los hombres, y demonios á las enfermedades crueles, á los pecados y á los vicios; que en esto siguieron la corriente de las opiniones populares y el lenguaje usado en todas las naciones. En la palabra DEMONIO hemos refutado esta temeraria explicacion tomada de los saduceos y de los epicúreos; hemos probado: 1.º que Jesucristo llamado la *verdad* por excelencia, ni sus apóstoles, pudieron autorizar ningún error, por acreditado que estuviese; 2.º que los PP. no hubieran podido dar este sentido al texto, sin violentar la letra, y sin contradecir hechos de que eran testigos oculares.

No tuvieron necesidad de consultar á los filósofos para saber lo que debían pensar con respecto al poder y accion de los espíritus buenos ó malos. Aun cuando hubieran ya estado persuadidos por la filosofía, á antes de abrazar el cristianismo, les hubiera sido imposible renunciar á su opinion, viéndola tan claramente confirmada por la Sagrada Escritura. Pero una prueba de que los PP. tuvieron mucha confianza en esta luz que es de la filosofía, es que al tratar esta cuestion citaron á los autores sagrados, y no á los filósofos. En vez de censurar á los PP., harían mejor jactándose de que no se atienen mas que á la palabra de Dios, muchas veces nos dan lugar á pensar que con frecuencia se olvidan de consultarla.

Visibilidad de la Iglesia. V. IGLESIA.
Vision Beatífica. Los teólogos distinguen tres maneras de ver ó de conocer á Dios; la 1.^a que llaman *visio abstractiva*, es conocer la naturaleza y perfecciones de Dios por la consideracion de sus obras; *los atributos invisibles de Dios*, dice S. Pablo, *se ven y se comprenden desde la creacion del mundo, por sus obras*, Rom., 1, 20. Este es el único modo como podemos ver y conocer á Dios en esta vida. Pero aun lo conocemos mejor por lo que ha hecho en el orden de la gracia, y por lo que nos ha revelado, que por lo que ha hecho en el orden de la naturaleza.

El segundo modo es el ver á Dios inmediatamente y en sí mismo: llámase *visio beatífica ó intuitiva*; esta es la que disfrutan los bienaventurados en el cielo. Tambien nos dio S. Pablo la idea cuando dijo, *1 Cor.*, xii, 2. «Ahora vemos como en un espejo y bajo imágenes obscuras; pero entonces (después de esta vida) veremos cara á cara. Yo no conozco ahora sino imperfectamente, pero entonces conoceré á la manera que soy yo conocido.» El mismo Jesucristo dijo, *Mat.*, xvii, 40: «Los ángeles ven continuamente la cara de mi Padre que está en el cielo.»

El tercer modo, que llamamos *visio comprehensiva*, no conviene mas que á Dios infinito en su naturaleza y en todos sus atributos; él solo puede verse y conocerse á sí mismo.

Tampoco hay ninguna prueba de que Dios haya concedido nunca á ningún hombre en esta vida la *vision intuitiva* de sí mismo; Moisés, Elias, San Pablo, algunos profetas, tuvieron raptos ó éxtasis, en las que se dice vieron á Dios; pero esto solo significa que vieron de la majestad divina figuras y símbolos mas augustos, mas brillantes, mas admi-

rables, que bajo los que se han manifestado á los hombres.

Es un error bastante comun y muy antiguo, ya entre los armenios y los griegos cismáticos, el creer que los justos y santos salidos de este mundo no disfrutarán de la *vision intuitiva* de Dios, hasta despues de la resurreccion general y el juicio final, que mientras tanto gozan de descanso en la expectativa de su perfecta bienaventuranza. Esta opinion fué condenada en el concilio de Florencia celebrado el año 1439. En él se estableció que las almas de los justos, á quienes no queda ningún pecado que expiar, disfrutan de la *vision beatífica* inmediatamente despues de su muerte. V. *BEATITUDINIS TERRA*. Esta decision ha sido confirmada por el concilio de Trento.

La misma cuestion se habia agitado con mucho estrépito en Francia en el siglo XIV. El papa Juan XXII, frances de nacion, y que tenia la silla en Aviñon, se inclinó á la creencia de los griegos, porque le pareció fundada en algunos pasajes de los antiguos PP., aun la aventuró en algunos sermones, y manifestó desear que al menos se tuviese como una opinion problemática; pero nunca estableció nada en esta materia en cualidad de soberano pontifice, no dió ningún decreto relativo á esto, y aun se retractó en su última hora de lo que hubiese podido decir ó pensar poco exacto en esta cuestion. Todos estos hechos están probados sólidamente en la *Hist. de la Iglesia gal.*, t. 13, l. 38, años 1333 y 1334, por los escritos contemporáneos, y por los documentos originales de la disputa.

Pero los protestantes, obstinados siempre en calumniar á los papas, sostienen todavía que Juan XXII por su doctrina incurrió en la censura de casi toda la Iglesia católica, que su opinion fué condenada unánimemente por todos los teólogos de Paris, el año 1333; que si se retractó en la hora de la muerte, fué sin renunciar enteramente á su opinion; que si se sometió al juicio de la Iglesia, no fué mas que por el temor de pasar por hereje despues de su muerte; Mosheim, *Hist. ecles.*, siglo XIV, 2.^a parte, c. 2, § 9. Calvino tuvo tambien la osadía de acusarle de haber negado la inmortalidad del alma.

Para destruir todas estas imputaciones basta alegar dos ó tres hechos incontestables: 1.^o Es evidente que desde el 28 de diciembre de 1333, hasta el 2 de enero de 1334, este pontifice tuvo un consistorio en Aviñon, en el que protestó solemnemente que «sobre la cuestion de la dilacion de la *vision beatífica* nunca habia hablado de ella sino en conver-

sacion, no con voluntad de definir nada, y que le agradaria que le presentasen autoridades favorables á la opinion contraria; que por lo demás si se le habia escapado alguna cosa mal dicha, estaba dispuesto á retirarla.» Al día siguiente, 3 de enero, dió la misma declaracion ante los notarios. Entonces aun no habia recibido el decreto de los doctores de Paris.

2.^o En la asamblea de estos doctores celebrada en Vincomen delante del rey y muchos prelados, á fines de diciembre de 1333, establecieron unánimemente la creencia católica, tal como la seguimos en la actualidad. Esta decision se confirmó en otra reunion tenida en los *Matorinos* en Paris el 26 de diciembre, y extendida por escrito, firmada despues, y sellada el 2 de enero de 1334. Los doctores despues de haber protestado el respeto y veneracion al papa, dicen «que supieron por testimonios dignos de fe, que todo lo que el santo Padre dijo sobre la cuestion presente, ni fué en forma de asercion, ni de opinion, ni solo en forma de narracion.» Escribieron al mismo pontifice en los términos referidos, suplicándole que confirmase con su autoridad su opinion, como que era la de todo el pueblo cristiano.

3.^o La declaracion que dió Juan XXII el 3 de diciembre siguiente, cuando estaba próximo á morir, ó mas bien la profesion de fe que hizo en presencia de los cardenales, está enteramente conforme con la de los doctores de Paris, y concebida del modo mas claro; no solo es temerario, sino impio, el suponer que no fué sincero, que este papa no renunció enteramente á su opinion, y que no otó mas que por miedo de pasar por hereje despues de su muerte. Benedicto XII, su sucesor y testigo ocular de esta última voluntad, le hizo mas justicia publicándola en una bula de 17 de marzo de 1335. Las calumnias esparcidas contra él, tanto en Francia como en Alemania, por los partidarios de Luis de Baviera su enemigo, ó por los fraticelos, sectarios sublevados contra él, nada prueban ni merecen ninguna atencion.

Por último, aun cuando fuese cierto que este papa llevaba una opinion falsa, y que no la retractó sino por temor de escandalizar á la Iglesia, seria de desear que todos los herejes y sectarios hubiesen obrado como él; y nunca hubiera habido cismas ni hubieran tenido lugar los males que han causado.

Vision Profética: en los Libros santos y en los escritores eclesiásticos, significa una revelacion que viene de Dios, en la que ni la imaginacion ni ninguna causa natural pudo

tener parte, ya que un hombre la haya recibido en sueño ó de otro modo. Así el conocimiento que Dios daba á sus profetas de los acontecimientos futuros, se llaman *vision* porque Dios les habia hecho ver el porvenir; este es el título que algunos dieron á sus profecías.

Mas toda *vision* no es profética; muchas veces Dios ha revelado á sus santos cosas pasadas ó presentes de las que no estaban instruidos, ó verdades que no podia naturalmente conocer, y les ha mandado acciones á las que por sí mismos no estaban inclinados. Así Dios hizo revelar por un ángel á S. José durante un sueño la pureza de Maria, la concepcion en ella de Jesus por obra del Espíritu Santo, la próxima redencion del mundo por aquel divino niño; y le mandó tambien que lo trasportase á Egipto con su madre, para libertarlo de la crueldad de Herodes, y despues que volviese á la Judea. No sabemos si cuando S. Pablo fué arrebatado al tercer cielo, allí conoció los sucesos futuros. En el *Apocalipsis* hizo Dios conocer á S. Juan verdades ocultas y revoluciones que despues sucederian.

Han creído algunos criticos que la historia de la tentacion de Jesucristo en el desierto, referida por S. Mateo, iv, 1, mas bien pasó en *vision* durante el sueño, que real y positivamente, y que así lo entendió el Evangelista cuando dijo que Jesus fué conducido al desierto por el espíritu, ni en sueño, ni en *vision* fué como Jesucristo ayunó 40 días, como tuvo hambre, ni como vinieron á servirle los ángeles, etc. Estos criticos creyeron que el demonio habia trasportado á Jesus por los aires para colocarlo en el desierto y en el piñáculo del templo, mas no han tomado el sentido del sagrado texto. V. TENTACION.

«Conocemos, dice Orígenes, l. 1, *contra Cels.*, n. 46, algunos hombres que abrazaron el cristianismo como de un modo irresistible; el espíritu de Dios los inspiraba por *visiones* ó sueños y cambiaba de tal modo su corazon, que en vez de detestarse como antes la religion cristiana, formaban en esto muchos ejemplos de los que los incrédulos mirarian como ilares, mas que los incrédulos mirarian como imposturas y los ridicularizarian si los redirresimos. Por lo demás, á Dios ponemos por testigo que no ve el interior de la conciencia, que no tenemos ningún deseo de forjar fábulas, para confirmar la verdad de la doctrina de Jesucristo.»

Pero principalmente tenemos que hablar de las *visiones proféticas*. Ahora bien, no puede dudarse que los dones milagrosos del Espíritu Santo, y sobre todo el de profecía, fueron comunes entre los cristianos del tiempo de los apóstoles. S. Pablo lo atestigua, *1 Cor.*, xii, 8 y sig. Arregla el uso que deben hacer los fieles de estos varios dones, prescribe las precauciones necesarias para que estas gracias no les inspiren orgullo y produzcan entre ellos alguna división, c. 13 y 14. Se trata de saber si Dios continuó la misma asistencia á su Iglesia en los siglos siguientes, y cuánto tiempo duró.

Dodwel, en su 4.^a *Disertación sobre S. Cipriano*, se propuso probar que las revelaciones proféticas no cesaron en el cristianismo con la muerte de los apóstoles, sino que duraron hasta el tiempo de Constantino y de la paz dada á la Iglesia; pero que desde aquella época ya no hay mas vestigios, porque estos auxilios son menos necesarios que antes de la propagación del Evangelio.

Lo prueba con el ejemplo de Hermas, cuyo libro titulado el *Pastor*, está lleno de *visiones proféticas*, pero la mayor parte de los autores protestantes las tienen como delirios de un fanático. V. HERMAS. S. Clemente Romano en su primera carta á los *Corintios*, n. 48, dice: «Que un hombre tenga fe, que esté dotado de conocimiento, que juzgue con sabiduría de los discursos, y esté puro en todas las cosas, cuanto mas grande parezca, tanto mas humilde debe ser.» Sustiene Dodwel que por la fe se debe entender la que obra los milagros, que el conocimiento es la inteligencia de los misterios, que el juicio de los discursos es el discernimiento de los espíritus como lo explicó S. Pablo, *1 Cor.*, xiii, 2, otros tantos dones sobrenaturales con los que no quería que se enorgulleciesen los fieles.

S. Ignacio en su carta á los de *Filadelfia*, n. 7, se expresa de este modo: «Pongo por testigo á aquel por quien estoy encadenado, que no he conocido estas cosas por mí mismo, sino que el espíritu es el que me las ha revelado y me ha dicho: *Nada hagas sin el obispo*.» En la carta circular que escribió la Iglesia de Esmirna con motivo del martirio de S. Policarpo, se dice, n. 5 y 9, que aquel santo mártir tuvo una *vision* durante el sueño que le dió á entender que sería quemado vivo, y que al entrar en el estadio se oyó una voz del cielo que le dijo: *valor, Policarpo, se conquistante*, Eusebio, *Hist. eccl.*, l. 3, c. 37, refiere que en aquel tiempo mismo, Cuadrato y las hijas de Felipe estaban dotadas del don

de profecía, y que los anunciadores del Evangelio tenían el de los milagros.

S. Justino, *Dial. cum Triph.*, n. 52 y 82, observa que desde la venida de Jesucristo ya no hay mas profetas entre los judíos, y que el espíritu profético se comunicó á los cristianos. S. Ireneo, *contra Hær.*, l. 2, c. 32 (al 47), n. 4, atestigua que en su tiempo derramaba Dios sobre los fieles con abundancia los dones del Espíritu Santo; que unos expelían los demonios, ó estaban dotados del espíritu profético; que otros curaban los enfermos ó resucitaban á los muertos. «Son innumerables, dice, las gracias que la Iglesia distribuye todos los días en nombre de Jesucristo para bien de todas las naciones.» Añade que estos varios prodigios contribuían mucho á convertir á gentiles.

Todos estos monumentos pertenecen á fines del siglo I y principios del II. Los temerarios escritores que aventuraron que después de los apóstoles no ha habido entre los cristianos mas *visiones proféticas* que las de Montano y sus discípulos, no han consultado las fechas. Este heresiarca no apareció hasta la mitad del siglo II, y algunos de los testimonios que acabamos de citar conciernen á personajes que vivieron mucho tiempo antes que él. Estos sectarios no hicieron mas que atribuirse una parte de los dones milagrosos que veían distribuidos entre los fieles. Pero apenas refutaron sus pretensiones y errores, fueron refutados por escritores eclesiásticos. Fueron de este número, Meliton, Milciades, Serapio, obispo de Antioquia, Apolonio, Asterio, Urbano, Apolinar de Hieraples, Cayo sacerdote romano, etc. Eusebio y Focio nos han conservado los epígrafes de sus obras, y de ellas dieron extractos. Demostraron la diferencia esencial que había entre las verdaderas revelaciones comunicadas á los fieles, y las falsas *visiones* de que se alaban los herejes.

En el siglo III, no quiere Dodwel citar á Tertuliano, porque se dejó seducir por los montanistas; pero había escrito su *Apologético* antes de abrazar sus errores; y ahora bien, dice, c. 23 y en otros lugares, que los cristianos con sus exorcismos obligaban á los demonios á que confesasen por boca de los poseídos que no eran dioses, sino espíritus malos, y testificar de este modo la creencia de los cristianos. Añade que esta clase de revelación no podía ser sospechosa á los paganos. Por lo demás, Dodwel alega con confianza el autor de las *Actas del martirio de las Santas Perpétua y Felicidad*, que escribió el año 202 y refiere sus *visiones proféticas*, y que lejos

de favorecer á los montanistas, parece argüir contra ellos. Poco tiempo después, Orígenes, *contra Celso*, l. 1, n. 46, atestiguaba que en su tiempo aun quedaban entre los cristianos signos evidentes de los dones del Espíritu Santo, que expelían á los demonios, que curaban las enfermedades, y producían los sucesos futuros por voluntad del Verbo divino. Dios que vivió muchos ejemplos de esto, y pone á Dios por testigo de la verdad de su relación. También habla de esto, l. 7, n. 8. S. Dionisio Alejandrino su discípulo, en una de sus cartas referida por Eusebio, *Hist. eccl.*, l. 6, c. 40, protesta ante Dios que no hubo mientras la persecución de Decio, sino por una inspiración y orden terminante de Dios.

Cuando menos, pueden verse en S. Cipriano diez ejemplos diferentes. Basta citar su 9.^a carta (al. 10), *ad Clerum*. «Dios, dice, no cesa de reprender día y noche. Independientemente de las *visiones* nocturnas, aun los niños en la inocencia de la edad, tienen éxtasis en medio del día, en los que ven, oyen y declaran cosas con que Dios nos advierte, y nos instruye. Todo lo sabreis cuando vuelva, por la gracia de Dios que me ha mandado retirarme.» Este mismo santo mártir fué adiverado antes de la persecución que volvió á empezar en tiempo de Galo y Volusiano, y se convenció de su próxima muerte. Obraba Dios de este modo para preparar á los fieles á las pruebas á que bien pronto se iban á exponer; y la publicidad que desde luego se daban á todas estas revelaciones, su uniformidad, y el resultado que de ellas se seguía, concurrían á demostrar que en ellas no tenían ninguna parte la ilusión ni la impositura.

Por otro lado, se tomaban las mayores precauciones para no ser engañados. S. Pablo las había prescrito, *1 Cor.*, c. 12 y sig.

1.^o No se hacía caso de las *visiones* proféticas, sino cuando venían de parte de personas cuyas costumbres, piedad y demás virtudes eran conocidas de otro modo, y que tenían todos los caracteres con que S. Pablo había designado la caridad, *Ibid.*, xiii, 4.

2.^o Como los fieles dotados del mismo espíritu eran en gran número, si uno de ellos hubiese aventurado una revelación falsa ó dudosa, hubiera sido convencido de error por los que habían recibido de Dios el conocimiento de los espíritus, xii, 10.

3.^o No se recibían como verdaderas profecías mas que las que anunciaban sucesos contingentes, y dependientes del libre albedrío de los hombres; cuando eran oscuras,

podían interpretarse por los que tenían el don de explicarlas, xiv, 29, ó se esperaba á que el resultado confirmase su verdad.

4.^o Las que no podían servir para la edificación de la Iglesia, sino únicamente para satisfacer una vana curiosidad, nunca se tuvieron por revelaciones divinas xiv, 3.

5.^o Se desecharon siempre las que tenían por autores á los herejes, porque les faltaban los caracteres exigidos por S. Pablo; y porque Jesucristo que prometió el Espíritu Santo á su Iglesia, no pudo concederlo á las sociedades sublevadas contra ella. «Dios, dice este mismo apóstol, no es el Dios de la disensión, sino el de la paz,» xiv, 33.

6.^o Toda predicción debía haberse pronunciado con calma, y no en los accesos de una especie de furor, como los pretendidos oráculos de los paganos; dijo S. Pablo que el espíritu de los profetas les está sumiso. v. 32; quería que todo se hiciese con orden y con decoro, v. 40.

Tiene, pues, razon Dodwel en concluir que *visiones proféticas*, adornadas de todas las señales de que acabamos de hablar, no pueden dar ocasión al desprecio ni burla de los incrédulos. Pero no consulto mas que á las preocupaciones del protestantismo, cuando estableció que este don del Espíritu Santo no subsistió en la Iglesia cristiana mas que hasta tiempos de Constantino; y que después de esta época no quedaron ya vestigios de él. Falsamente supone que Eusebio lo insinúa así, *Hist. eccl.*, l. 7, c. 32. Si al exponer los talentos y virtudes de los santos obispos de su tiempo no habló de sus revelaciones y milagros, este silencio no prueba nada; tampoco dió nada de la mayor parte de los hechos que hemos citado en los dos siglos anteriores. También es falso que los doctores del siglo IV se sorprendiesen de esta pretendida cesación del espíritu profético, y que no investigaran sus razones; Dodwel que así lo asegura en su *Dis.*, § 22, no da ninguna prueba de su aserto; nosotros las daremos en contra de él.

1.^o En la palabra *MHAGRO*, § 4, hemos manifestado que se obraron en la Iglesia en el siglo IV, en el V y siguientes, y por qué no había de haber en ella mas revelaciones? El primer don proviene del Espíritu Santo lo mismo que el segundo. Así como Jesucristo no puso ninguna restricción, prometiendo el primero á los que creyeran en él, *Mar.*, xvi, 17, *Joan.*, xv, 12; tampoco la puso á la promesa del espíritu de verdad, *Joan.*, xvi, 13, pues la prometió para siempre, *in aeternum* xiv, 16. Si uno de estos dones era

capaz de contribuir en mucho á la conversión de los paganos, ¿cómo podrá probarse que de nada servía el otro?

2º Puesto que se necesitaban hechos y testimonios, Teodoreto, *Hist. Ecles.*, l. 3. c. 23 y 24, refiere que la muerte del emperador Juliano se anunció positivamente por los cristianos algunos días antes de que se pudiese recibir su noticia. La revelación hecha á S. Ambrosio de las reliquias de los santos mártires Gervasio y Protasio y los milagros que se hicieron en esta ocasión, son asegurados por san Agustín, testigo ocular, y por otros. Las predicciones y milagros de S. Martín le escribió Severo Sulpicio, que había sido su discípulo, y que con sus propios ojos había visto la mayor parte de ellos. La elección de los santos obispos de aquel mismo siglo, se hizo muchas veces en virtud de una revelación divina y algunos predijeron distintamente el día y hora de su muerte. Sabemos que los protestantes mas atrevidos trataron de fábulas, de fraudes píadosos, de imposturas y de engaños todo lo que se hizo en este género en el siglo IV y V, pero tampoco han respetado mas lo que sucedió en el II y III. Dodwel y los anglicanos no pueden hacer ningún cargo contra los testigos posteriores, que no se haya alegado por los literatos, calvinistas y socinianos contra los PP. de la Iglesia mas antiguos. A los anglicanos toca el decirnos por qué las mismas reglas de crítica no deben tener lugar con respecto á entrambos. También es este uno de los puntos en que son acusados por los demás protestantes de no raciocinar con consecuencia.

3º Es constante que en el siglo IV y aun en el V, todavía quedaban en las Galias muchos paganos por convertir, que las virtudes y milagros de S. Martín y otros santos obispos contribuyeron poderosamente para que se convirtieran. Los anglosajones no recibieron la fe cristiana hasta el siglo VI y aun mucho mas tarde los demás pueblos del Norte. ¿Cómo puede suponerse que Dios obró aquellas conversiones por medios diferentes de los que se valió á principios del cristianismo? No es menos cierto que entre los que en ello trabajaron, hubo hombres que imitaron el desinterés, la pobreza, el valor y la constancia de los apóstoles; ¿con qué fundamento se sostendrá que Dios no cooperó á su celo como lo había hecho con los primeros predicadores del Evangelio por medios sobrenaturales? Este celo produjo los mismos efectos, luego tuvo las mismas causas. Aquellos santos varones obedecieron al mandato de Jesu-

crisno, contaron con sus promesas, se sacrificaron por él y por la salvación de sus hermanos; los que los acusan de los vicios mas odiosos, faltan á la vez á las reglas de la sana crítica, y al reconocimiento que deben á Dios por la conversión de sus antepasados. Véase Misiones.

En todos los siglos pudo haber demasiada credulidad por una parte y falso celo por otra; pero lo mismo sucedió en tiempo de los apóstoles, puesto que S. Juan mandaba á los fieles que no creyesen en todo espíritu sino que los pusiesen á prueba, para saber si son de Dios, *I. Joan.*, iv. 1, y que S. Pablo prescribía las precauciones para no ser engañado. Algunos incrédulos ridiculizan las revelaciones de que habla S. Cipriano. ¿Se sigue por esto que Dios no es autor de ninguna revelación, ni de ningún milagro? No se debe juzgar de esto según los intereses de secta, sino según las reglas de sabiduría y de circunspección prescritas por los apóstoles. Nosotros que ni tenemos dos pesos ni dos medidas, creemos que el Señor no ha retirado su brazo, que siempre quiso la conversión de los pueblos, y que no ha dejado de cooperar á ella; que lo mismo vela por su Iglesia en un siglo que en otro; que un autor digno de fe que atestigua un hecho sobrenatural, debe ser creído en cualquier país y siglo que haya vivido.

Es imposible que en un espacio de diez y siete siglos no haya habido una infinidad de personas que creyesen falsamente haber tenido visiones proféticas y revelaciones. Muchas veces no se han tomado el trabajo de examinarlas, porque estos hechos no tenían ninguna relación con el dogma, ni ningún influjo en la doctrina de la Iglesia; así que el progreso de los tiempos les ha dado un cierto crédito. Los protestantes han tenido gran cuidado de recobrarlas, de poner en duda su autenticidad, y sobre todo de ridiculizarlas. De aquí concluyeron que los dogmas y los usos de la Iglesia católica, que les desagradaban no han estado fundados mas que en fábulas e imposturas. Es cómo si se dijese; siempre ha habido monederos moneda falsa; luego debo desterrarse del comercio toda clase de moneda.

VISION DE CONSTANTINO. Véase CONSTANTINO.

Visitacion. Festividad celebrada en la Iglesia romana en memoria de la visita que la Santísima Virgen hizo á su prima santa Isabel. Se dice en el Evangelio, *Luc.*, i. 36, que el ángel Gabriel, al anunciar á María el misterio de la encarnación, le dijo que santa

Isabel su prima, que hasta entonces había sido estéril, estaba embarazada de seis meses, que María se dispuso para ir á ver esta parienta que estaba con Zacarías su marido, en una de las poblaciones de la tribu de Judá. Parece que era Hebron, ciudad situada á veinte y cinco ó treinta leguas de Nazareth. Se cree que la Santísima Virgen partió el 26 de marzo y llegó el 30 á Hebron. Aun no hubo oído Isabel su voz, cuando siflotó al niño estremerse en su vientre, y le dijo: « Bendita eres entre todas las mujeres, y benditos es el fruto de tu vientre. » Entonces María pronunció el cántico sublime que empieza por *Magnificat* y que repite la Iglesia todos los días en el oficio divino. Despues de haber estado cerca de tres meses en casa de su prima santa Isabel, volvió á Nazareth; poco importa saber si partió antes ó despues del alumbramiento de Isabel.

Bueno es observar que estas dos santas mujeres manifestaron en aquellas circunstancias luces y conocimientos que no podían tener naturalmente. Se dice que Isabel fué llena del Espíritu Santo y exclamo: « ¿De dónde proviene tanto favor que venga á verme la madre del Señor? El niño que tengo en el vientre acaba de estremerse de alegría. Bienaventurada por que creíste, pues todo lo que ha dicho el Señor se cumplirá. » Así que, Isabel supo por revelación todo lo que había dicho á María el ángel del Señor, y comprendió el movimiento de la encarnación. Añade que el movimiento de su niño fué un estremecimiento de alegría, no un movimiento natural. Se ha concluido de esto que S. Juan en el seno de su madre fué iluminado con una luz divina, y santificado con la presencia del Verbo encarnado en el seno de María. Por su parte la Santísima Virgen alaba al Señor con el estilo mas sublime de profetas, y manifiesta la humildad mas profunda; recuerda las grandes cosas que Dios hizo en favor de su pueblo, y reconocia en sí el cumplimiento de las promesas que había hecho á Abraham y á su descendencia.

Los comentadores protestantes parece que se comueven poco de todas estas circunstancias, aparentan no ver en ellas nada sobrenatural; se escandaliza uno al leer las observaciones enteramente profanas de Beausobre sobre este capitulo de S. Lucas; afecta comparar algunas expresiones de la Santísima Virgen con las de los autores paganos.

En cuanto á la institución de la festividad, el primero que pensó establecerla fué S. Buenaventura, general de la Orden de S. Francisco, y la decretó en un capitulo general ce-

lebrado en Pisa, el año 1263, para todas las iglesias de su Orden. En el siglo siguiente, el papa Urbano extendió esta festividad á toda la Iglesia; su bula que es del año 1379, no se publicó hasta el año siguiente por Bonifacio IX su sucesor. En 1431, el concilio de Basilea la ordenó tambien para toda la Iglesia y la fijó el día 2 de julio.

Aun cuando no sea antigua esta institución es muy conforme al espíritu del cristianismo, que es el recordar con frecuencia las principales circunstancias de los misterios de nuestra redención. La misma Santísima Virgen nos dió ejemplo de esto, puesto que celebra en su cántico los beneficios que Dios había concedido á su pueblo, pero que no son de tanto precio como aquellos con que nos ha colmado por la encarnación de su Hijo.

VISITACION (RELIGIOSAS DE LA). Orden fundada en 1610, en Amney en Saboya, por S. Francisco de Sales y por santa Juana Francisca Fremiot, baronesa de Chantal. En su principio no fué mas que una congregación de doncellas y de viudas destinadas á visitar, consolar y asistir á los enfermos y á los pobres, y que tomaban por modelo á la Santísima Virgen en la visita que hizo á su prima; al principio no hicieron mas que votos simples. Pero por el consejo del cardenal Marquemont, arzobispo de Leon, consintió S. Francisco de Sales, contra su primera idea, en erigir esta congregación en orden religiosa para darle mas solidez. Está principalmente destinada para las personas de un temperamento débil y que no podían sostener un régimen austero. Hay tres casas de estas en París. Ordinariamente estas religiosas reciben á jóvenes pensionistas, para educarlas en el temor de Dios, y formarlas para la piedad. Este instituto fué confirmado por Pablo V. Las religiosas *Salesas* de este corte se dedican á las funciones propias del instituto de la Visitacion de que son dignas hijas.

Vispera. V. VIGILIA.

Visperas. V. HORAS CANÓNICAS.

Vinda. Al hablar de las vírgenes, vimos que desde el nacimiento de la Iglesia muchas jóvenes cristianas se obligaron con una promesa solemne á guardar la virginidad, y á tener un género de vida mas riguroso que el comun de los fieles; los obispos las miraron como una parte de su rebaño, que exigía un cuidado particular. Se creyó tambien que las *vidas* que solo habían tenido un marido debían ser admitidas á la misma profusion, cuando lo pedían y renunciaban al segundo matrimonio. Por su edad, por su

experiencia, por su gravedad de costumbres, eran estas mujeres las más a propósito para instruir á las personas de su sexo y velar sobre las vírgenes, para cuidar de los pobres y de los niños expósitos y desempeñar las funciones de *Diaconisas*. V. esta palabra. Por esta consideración la Iglesia las tomó bajo su tutela especial como á las vírgenes. Sabido es, que Moisés prescribió en sus leyes que se procurase con el mayor cuidado proteger, consolar y asistir á las *viudas*.

Mas se tomaron muchas precauciones en su elección; así lo recomendó S. Pablo, *I Tim.*, v. 3: «Honrad á las *viudas* que son verdaderamente tales (ó que quieren permanecer en este estado). Si una *viuda* tiene hijos ó sobrinos, que se dedique desde luego á dirigir su familia y á ayudar á sus parientes, lo que es mas agradable á Dios. En cuanto á la que es verdaderamente *viuda* y abandonada, que espere en Dios y se ocupe en orar día y noche; la que busca los placeres está mal muerta que viva. Mandadlas que sean irreprochables. Elegidlas mayores de sesenta años, que hayan tenido un solo marido, y que sean conocidas por sus buenas obras. Informaos si ha educado bien á sus hijos, si ha ejercido la hospitalidad, si ha lavado los pies á los santos, si ha socorrido á los desgraciados, si ha ejercido toda clase de obras buenas. En cuanto á las *viudas jóvenes*, no las visiteis... Si un fiel tiene *viuda*, que provea á su subsistencia, para que la Iglesia no sea sobrecargada, y quede lo suficiente para mantener á las verdaderamente *viudas*.»

No se colocaba en el rango de *viuda*, adoptada por la Iglesia mas que á la que permanecía muchos años en este estado, y cuya conducta edificante era muy reconocida. No se exigía siempre, sin embargo, la edad de sesenta años; muchas veces se las admitió á la profesión de *viudas* á los cuarenta años, pero no antes, y en este caso solo se elegía para *diaconisas* á las de mas edad. S. Pablo quería que no hubiesen tenido mas que un marido; de este modo eran excluidas las bigamas: en vano han querido tergiversar los protestantes el sentido de las palabras del Apóstol. Parece que al principio no se observaban en su consagración las mismas ceremonias que en las de las vírgenes mas despues sí. Bingham consuró con mucha inoportunidad esta innovación. *Orig. ecles.*, l. 7, cap. 4, § 9, t. 3, pág. 411. El Padre Menard, página 173, cita las oraciones que en estas ceremonias hacia el obispo; son las que sirven actualmente en la toma de hábito

y en la profesión de las religiosas; el vestido de las vírgenes y el de las *viudas*, era lo mismo y se le bendecía del mismo modo.

Las *viudas*, dice el abad Henry, se ocupaban en visitar y socorrer á los enfermos y á los presos, particularmente á los mártires y á los confesores, en alimentar á los pobres, en recibir y servir á los extranjeros, en enterrar los muertos, y generalmente en todas las obras de caridad. Todas las mujeres cristianas *viudas* ó casadas, se empleaban en ellas con frecuencia, y apenas salian de su casa mas que para practicar estas buenas obras y para ir á la Iglesia. Los obispos y los sacerdotes necesitaban mucha paciencia, discreción y caridad, para dirigir á todas estas mujeres, para evitar y sufrir los defectos comunes de su sexo, la inquietud, los celos, las murmuraciones contra los mismos obispos, en fin todos los males que de ordinario acompañan á la debilidad del sexo, sobre todo cuando va unida con la pobreza, las enfermedades ó algunas otras incomodidades. *Costumbres de los crist.*, n. 27. En la palabra *Virgex* hemos probado que unas y otras hacían votos.

Todas estas observaciones copiadas de los monumentos eclesiásticos, nos prueban que desde el principio, una caridad sin límites fué el carácter distintivo del cristianismo, y que esto fué lo que mas contribuyó á hacerle respetable aun á los ojos de los paganos.

Vocacion. Esta palabra en el nuevo Testamento significa ordinariamente el beneficio que Dios según conceder á los judíos y á los gentiles, llamándolos á que creyesen en Jesucristo por la predicación del Evangelio. S. Pablo llama constantemente á los fieles, los queridos de Dios y elegidos para la santidad; *dilectis Dei, vocatis sanctis*. *Rom.*, 1, 7, etc. S. Pedro, *Epist.*, 1, 10, los exhorta que las acrediten su *vocacion* y la elección que Dios hizo de ellos con buenas obras. En segundo lugar la *vocacion* designa tambien el destino de un hombre á un ministerio particular; así S. Pablo se dice llamado al apostolado, *vocatus apostolum*, *Rom.*, 1, 1. Dice que nadie debe atribuirse el honor del pontificado, si no es llamado á él por Dios, como Aaron, *Hebr.*, v. 4. En tercer lugar manifiesta el estado en que se hallaba un hombre cuando fué llamado á la fe. «Considerad vuestra *vocacion*, dice el apóstol: *I Cor.*, 1, 16 entre nosotros no hay muchos sabios, ni muchos hombres poderosos, ni gran número de nobles.» y *vi.* 20: «Cada uno permanezca en la *vocacion* ó en el estado de vida en que fué llamado á la fe,

circunciso ó incircunciso, libre ó esclavo, casado ó célibe.»

Peró hay algunos pasajes de S. Pablo en los que la palabra *vocacion* merece una atención particular. *Rom.*, vii, 28, dice: «Sabemos que todo contribuye al bien de los que aman á Dios, *secundum propositum*. Pues, á los que él tiene previstos, tambien los predestino para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo... y á los que ha predestinado, los ha llamado tambien; y á los que ha llamado, los ha justificado tambien y glorificado.» Se quiere saber lo que entiende S. Pablo por *vocacion segun el destino de Dios*, ó qué es lo que significa *propositum* en el estilo profético.

Rom., iv, 8, dice: «Al fiel que cree en el que justifica al impio, su fe es reputada en justicia, *segun el destino de la gracia de Dios*»; *ix*, 11, despues de haber hablado de Jacob y de Esaú, observa que antes de que naciesen, ni hubiesen hecho bien ni mal alguno, «fué dicho, no en virtud de sus obras, sino de una *vocacion divina, el mayor ha de servir al menor*, para que se cumpliese el *destino de Dios segun su elección*.» *Ephes.*, 1, 8; «Dios nos predestino para ser adoptados por hijos suyos, por Jesucristo y por él, *segun el destino de su voluntad*,» lo repite S. Pablo, *Ibid.*, v. 41. Por último, *II Tim.*, 1, 9, «Dios nos libertó y nos llamó por su *vocacion santa*, no segun nuestras obras, sino segun su *destino* y su *gracia* que nos ha dado en Jesucristo antes de la revolución de los tiempos.» En todos estos pasajes el destino de Dios se expresa por *propositum*.

Despues de haberlos comparado, nos parece evidente que por esta palabra entendió S. Pablo el destino que tuvo Dios, llamando á la fe á los que le plugo, no por sus méritos presentes ó futuros, sino por una elección libre y gratuita, destino y elección que son una verdadera predestinción, puesto que Dios no ejecuta nada en tiempo, sin haberlo determinado ab eterno. Así S. Agustín, *Contra duas epist. Pelag.*, c. ix, n. 22, citó estos mismos pasajes, y así los explicó contra los pelagianos, que entendían por *propositum*, no el destino gratuito y misericordioso de Dios, sino el buen destino ó las buenas disposiciones del hombre.

Con este motivo dice el Santo doctor: «Estos ignoran que cuando se habla de los que han sido llamados *segun el destino*, se trata no del destino del hombre, sino del de Dios, por el que eligió antes de la creación del mundo los que habia previsto y predestinado para que fuesen conformes á la imá-

gen de su Hijo. Porque todos los que han sido llamados no lo han sido *segun el destino*, puesto que son muchos los llamados y pocos los elegidos; estos fueron llamados *segun el destino*, que fueron elegidos antes de la creación del mundo.» Los partidarios de la predestinción absoluta tuvieron á bien suponer que por *elegidos* entendió S. Agustín los bienaventurados, y por el *destino de Dios*, la predestinción á la gloria eterna. Pero no es nada de esto: 1º Unicamente se trataba en este lugar de probar contra los pelagianos, que la predestinción á la gracia y á la fe es puramente gratuita, independiente de todo mérito y de toda buena disposición por parte del hombre; nunca ha habido ninguna disputa entre S. Agustín y los pelagianos, relativa á la predestinción ó la gloria eterna: si el Santo doctor parece confundir algunas veces estas dos predestinciones, esto no puede oscurecer el verdadero sentido de las palabras de S. Pablo. 2º Es evidente que en todos los pasajes citados, el Apóstol se propuso únicamente probar que la gracia de la fe concedida, tanto á los judíos como á los gentiles, no fué en recompensa de sus obras ni de sus virtudes, sino una gracia, un don gratuito de la misericordia de Dios. ¿Con qué objeto habia de torcer este sentido S. Agustín? 3º Cuando S. Pablo y S. Agustín dicen que los fieles son predestinos de Dios para ser conformes á la imagen de su Hijo, no se habla de una conformidad en la gloria eterna, sino en la santidad y en la virtud. *I Cor.*, xv, 49, dice el Apóstol: «Así como hemos llevado la imagen del hombre terrestre, llevemos tambien la imagen del hombre celestial.» *II Cor.*, m, 18, despues de haber hablado de la coequeñad de los judíos añade: «Pero nosotros que contemplamos la gloria del Señor á descubierta, somos transformados en su imagen, y vamos de claridad en claridad, como iluminados por el espíritu de Dios.» *Coloss.*, iii, 10. «Revestis del hombre nuevo, que llega á serlo por el conocimiento segun la imagen de aquel que lo ha criado; Esta no es de ningun modo una conformidad en la gloria. 4º Por último, cuando dice S. Agustín, que no han sido todos llamados *segun el destino de Dios*, entendié evidentemente que no todos correspondieron á este destino; y que al citar las palabras, *muchos son los llamados, pero pocos los elegidos*, entendió como el Evangelio y como S. Pablo, que pocos correspondieron á su *vocacion* á la fe, puesto que S. Pablo llama constantemente á